

ROBERT A. HEINLEIN

**CONSIGUE UN TRAJE
ESPACIAL: VIAJARAS**



Clifford Rusell siempre había soñado con viajar a la Luna. Incluso había conseguido tener su propio traje espacial. Y de repente, tuvo su oportunidad. Pero el viaje resultó muy distinto de como lo había imaginado... y le llevó mucho más lejos de todo lo que hubiera podido soñar.

Tras un azaroso secuestro, sus aventuras le llevaron a ser el único que podía salvar a la especie humana, sometida al implacable juicio por todas las especies de la Galaxia.

Capítulo 1

Pues verán ustedes, yo tenía este traje espacial.

Esto ocurrió de la siguiente manera:

—Papá —dije—, quiero ir a la Luna.

—Desde luego —me contestó y continuó leyendo su libro. Se trataba de los *Tres hombres en una barca* de Jerome K. Jerome, que ya debía saberse de memoria.

Insistí:

—¡Papá, por favor! Estoy hablando en serio.

Esta vez casi cerró el libro dejando dentro un dedo y dijo apaciblemente:

—Ya te he dicho que me parecía bien. Puedes ponerte en marcha.

—Sí pero... ¿Cómo?

—¿Eh? —pareció ligeramente sorprendido—. Pues éste es tu problema, Clifford.

Papá era así. Una vez le dije que quería comprar una bicicleta y dijo sin levantar siquiera la vista:

—Pues adelante.

Eché un vistazo al cesto para el dinero que había en el comedor con la intención de sacar lo suficiente para comprar la bicicleta. Pero no había más que once dólares y cuarenta y tres centavos, por lo que después de cortar approxi-

madamente un millar de kilómetros de césped, me compré la bicicleta. No le había dicho nada más a mi padre porque si el dinero no estaba en el cesto, no estaba en otra parte; mi padre no se molestaba en tratar con los bancos: sólo tenía el cesto del dinero y otro al lado de éste que estaba marcado TÍO SAM, cuyo contenido apilaba y remitía por correo al gobierno una vez al año. Esto produjo más de una vez dolores de cabeza considerables al Servicio de Impuestos, y en una ocasión mandaron a un individuo para reconvenirle.

Al principio el fulano exigió, luego suplicó:

—Pero, Dr. Russell, tenemos sus antecedentes. No tiene usted excusa alguna para no llevar una contabilidad correcta.

—Pero sí la llevo —le dijo papá—. Aquí dentro —se dio un ligero golpe en la frente.

—La ley exige anotaciones escritas.

—Repásela de nuevo —le aconsejó papá—. La ley ni tan solo puede exigir a un hombre que sepa leer o escribir. ¿Le apetece más café?

El hombre intentó conseguir que papá pagara mediante cheque o transferencia bancaria. Papá le leyó la letra menuda que hay en un billete de dólar, donde dice que es «una moneda legal para pagar todas las deudas, tanto públicas como privadas».

Con un esfuerzo desesperado para conseguir algo de su viaje, pidió por favor que no rellenara con «ESPÍA» la casilla marcada con «ocupación».

—¿Por qué no?

—¿Qué? Pues porque usted no lo es, y esto trastorna al personal.

—¿Ha pedido usted confirmación al F.B.I.?

—¿Eh? No.

—Es muy probable que no le contesten. Pero ha sido usted muy educado. De ahora en adelante pondré «ESPÍA EN PARO». ¿Le parece bien?

El hombre de los impuestos casi olvidó su maletín. Nada arredraba a mi padre. Quería decir exactamente aquello. No lo discutiría ni cedería. Por este motivo, cuando me dijo que podía ir a la Luna, pero que los medios para hacerlo dependían de mí, quería decir exactamente esto. Podía ir mañana mismo, siempre que pudiera procurarme un pasaje en una nave espacial.

Pero añadió meditativamente:

—Hijo, debe haber varias maneras de ir a la Luna. Será mejor que las estudies todas.

Esto me recuerda el pasaje que estoy leyendo. Intentan abrir un bote de piña y Harris se ha olvidado el abrelatas en Londres. Intentan varios procedimientos. Empezó a leer en voz alta y me di el piro. Ya había oído aquel pasaje unas quinientas veces, bueno, vamos a dejarlo en trescientas.

Me fui a mi taller en el garaje y me dediqué a pensar en las maneras posibles de hacerlo. Una de ellas era ir a la Academia del Aire de Colorado Springs: si conseguía plaza, si me graduaba allí y si me las arreglaba para resultar escogido por el Cuerpo Espacial de la Federación, cabía la posibilidad de que algún día pudiera ser destinado a la Base Lunar, o al menos a alguna de las estaciones satélites.

Otra posibilidad era estudiar Ingeniería, conseguir un empleo en el Laboratorio de Propulsión a Chorro, y lograr un puesto que me permitiera ser destinado a la Luna.

Algunas docenas, tal vez centenares, de ingenieros habían sido destinados a la Luna, y tal vez siguieran allí todavía, destinados a toda suerte de trabajos: electrónica, criogenia, metalurgia, cerámica, acondicionamiento de aire, a la vez que a la ingeniería de cohetes.

¡Oh sí! De entre un millón de ingenieros, un puñado de ellos podían resultar elegidos para ir a la Luna. Maldita sea, a mi me escogían en muy pocas ocasiones ni tan sólo para el juego del «cartero».

También era posible que uno fuera Doctor en Medicina, o Abogado, o Geólogo, o Fabricante de herramientas y dar

por fin en la Luna con un sueldazo (siempre en el supuesto de que le escogieran a él y no a otro). Me preocupaba poco lo del salario, pero ¿cómo se las puede arreglar uno para llegar a ser el número uno en su especialidad?

Y además había el sistema más rápido: arrastrar penosamente una carretilla cargada de dinero y comprar un billete.

Esto jamás iba a lograrlo (en aquel momento tenía ochenta y siete centavos) pero aquello me había hecho pensar continuamente en ello. De todos los chicos de mi escuela, la mitad habían admitido que querían ir al espacio, entre la otra mitad estaban los que pretendían no preocuparse por ello, puesto que sabían las pocas probabilidades que tenían de conseguirlo, y además del puñado de cobardicas que no abandonarían la Tierra por ningún motivo. Pero hablábamos de ello y algunos de nosotros estábamos decididos a ir. No me entraron las prisas hasta que el American Express, y Thos. Cook & Son anunciaron sus viajes turísticos.

Pude leer sus anuncios en el National Geographic mientras estaba en la sala de espera del dentista, donde había acudido para que me hiciera una limpieza de dientes. A partir de aquel momento ya no volví a ser el mismo.

La idea de que cualquier hombre rico, podía dejar sencillamente su dinero sobre un mostrador y partir hacia allí, era más de lo que yo podía resistir. Ya no tenía más remedio que ir. Jamás estaría en condiciones de pagar por hacerlo, o por lo menos esto quedaba en un futuro tan remoto, que no valía la pena pensar en ello. ¿Entonces, qué podía hacer yo para que me enviaran allí?

Podemos leer historias que se refieren a muchachos, pobres pero sin embargo honestos, que alcanzaron la cima porque fueron más listos que cualquier otro del condado, o tal vez del estado. Pero estas historias no se referían a mí. Yo estaba en la cuarta parte, por arriba, en mi clase de graduación, pero ésta no es causa suficiente para que conce-

dan becas para el M.I.T., por lo menos no las dan si se procede de La Escuela Superior de Centerville. Sólo hago constar un hecho: nuestra escuela superior no es demasiado buena. Es una gran cosa el poder ir allí: somos los campeones de la Liga de Baloncesto, nuestro cuadro de baile cada vez está más arriba en la clasificación del Estado y tenemos unas reuniones de boxeo todos los miércoles que cada vez son más interesantes. Cantidades inmensas de espíritu de escuela.

Pero no demasiado estudio.

El énfasis está colocado mucho más en lo que nuestro director, el señor Hanley, llama «preparación para la vida» que en la trigonometría. Tal vez esto te prepara para la vida, pero lo que es absolutamente cierto es que no te prepara para el ingreso en el Instituto Técnico de California.

No descubrí esto yo solo. Cuando era estudiante de segundo año llevé a mi casa un cuestionario preparado por nuestro grupo de estudios sociales para el proyecto «Viviendo en familia». Una de las preguntas era: «¿Cómo está organizado vuestro Consejo de Familia?».

En la mesa dije:

—Papá, ¿cómo está organizado nuestro Consejo de Familia?

Mamá dijo:

—Querido, no molestes a tu padre.

Papá dijo:

—¿Eh? Déjame ver esto.

Lo leyó, y luego me dijo que le dejara mis libros de texto. No los había llevado a casa, por lo que me ordenó que los fuera a buscar a la escuela. Afortunadamente el edificio estaba abierto debido a los ensayos para la fiesta de la comilona de otoño. Papá daba órdenes en muy pocas ocasiones, pero cuando lo hacía, esperaba que se cumpliesen.

Aquel semestre tuve un curso muy apretado: ciencias sociales, aritmética comercial, inglés aplicado (la clase había escogido «redacción de slogans», lo que resultó diverti-

do), trabajos manuales (construíamos juegos para la fiesta de la comilona), y gimnasia, que para mí representaba practicar el baloncesto. No era lo bastante alto como para jugar en el primer equipo, pero un suplente en quien se pudiera confiar conseguía su carta de pase a la universidad al terminar su último curso. En resumidas cuentas, llevaba buena marcha en la escuela y lo sabía.

Aquella noche mi padre leyó todos mis libros de texto: era un lector muy rápido. En el estudio de sociales hice constar que mi familia era una democracia informal; pasó. La clase estaba discutiendo si un abuelo que viviera en el hogar podía ser o no elegible.

Decidimos que un abuelo era un miembro pero que no podía ser elegido presidente, luego formamos un comité encargado de redactar una constitución para la organización de la familia ideal, y que podríamos presentar a nuestras familias como las conclusiones del proyecto.

Durante los días siguientes mi padre anduvo mucho por la escuela, lo que me preocupó ya que cuando los padres demuestran una actividad mayor de lo común es que se traen algo entre manos.

En la tarde del siguiente sábado mi padre me llamó a su estudio. Tenía un montón de libros sobre la mesa y un folleto con las asignaturas y materias que se impartían en la Escuela Superior de Centerville, que iban desde los Bailes Folklóricos Americanos hasta las Ciencias de la Vida. En él estaba marcado mi curso, no sólo en lo referente a aquel semestre sino también para el primer y segundo curso, tal como mi tutor de la facultad y yo mismo habíamos planeado.

Mi padre me miró fijamente como si fuera un pequeño saltamontes y dijo con dulzura:

—Chico, ¿pretendes ingresar en el colegio universitario?

—¿Uh? ¡Claro que sí, desde luego, Papá!

—¿Y, con qué?

Dudé. Sabía que aquello costaba dinero. Mientras había habido tiempos en que los billetes de dólar rebosaban del

cesto y caían al suelo, por lo general no nos ocupaba mucho tiempo contar lo que había en él.

—Uh. Tal vez pueda conseguir una beca. O podré trabajar para pagármelo.

Asintió.

—Sin lugar a dudas... si quieres hacerlo. Los problemas de dinero siempre se pueden resolver si no te asustas por ellos. Pero cuando he preguntado «¿Con qué?» hablaba de aquí arriba —se golpeó el cráneo.

Sólo pude mirarle fijamente.

—¿Por qué? Lograré la graduación en la escuela superior, Papá. Y esto me permitirá entrar en el colegio universitario.

—Y así será. Entrarás en la Universidad del Estado, o la Agencia Estatal, o la Normal Estatal. Pero, Kip, ¿sabes que suspende el cuarenta por ciento de las clases de ingreso?

—¡Yo no suspendería!

—Tal vez no. Pero suspenderías si se tratara de asignaturas serias, como ingeniería, ciencia o premédica. Lo harías, hay que decirlo, si tu preparación se apoyara en esto —hizo un gesto con la mano en dirección al plan de estudios.

Me sentí ofendido.

—¿Por qué, Papá? La escuela de Center es estupenda —recordé algunas cosas que nos habían explicado en la P.T.A. Auxiliar—. Está dirigida de acuerdo con los más recientes sistemas científicos, aprobados por los psicólogos, y...

—... donde se pagan unos salarios excelentes —me interrumpió—. A una plantilla conocedora en grado sumo de la moderna pedagogía. El estudio de los proyectos pone énfasis en los problemas humanos prácticos para orientar al muchacho hacia una manera democrática de vida social, para hacerle encajar en las pruebas significativas y vitales de la vida adulta en nuestra compleja cultura moderna. Perdona, hijo. He hablado con el señor Hanley. El señor Hanley

es sincero. Y para conseguir tan noble propósito estamos gastando por cada estudiante más que en cualquier otro estado, si exceptuamos California y Nueva York.

—Bien... ¿y qué hay de malo en esto?

—¿Qué es un participio gerundio?

No contesté y él prosiguió.

—¿Por qué Van Buren fracasó en su reelección? ¿Cómo se extrae la raíz cúbica de ochenta y siete?

Van Buren había sido un Presidente; era todo lo que podía recordar. Pero podía responder a la otra pregunta:

—Si quieres obtener una raíz cúbica, no tienes más que oprimir unas teclitas en una calculadora.

Papá suspiró.

—Chico, ¿crees que estas calculadoras las bajaron del cielo unos arcángeles? —Sacudió amargamente la cabeza—. Es culpa mía y no tuya. Debería haberme ocupado de esto hace años, pero había supuesto, simplemente porque te gustaba leer, eras rápido en los cálculos y tenías habilidad manual, que te estaban dando una educación.

—¿Y crees que no?

—Sé que no. Hijo, la Superior de Centerville es un sitio estupendo, bien equipado, eficientemente administrado y exquisitamente cuidado. No es una «jungla de pizarras», ¡Claro que no! Pienso que vosotros, los muchachos, amáis a este lugar. Deberías amarlo. Pero esto... —Papá golpeó con enfado el folleto del plan de estudios—. ¡Bobadas! ¡Seguimiento de las abejas! ¡Terapia ocupacional para imbéciles!

Quedé sin saber qué decir. Papá se sentó y meditó tristemente. Por fin, dijo:

—La ley específica que debes asistir a la escuela hasta que hayas cumplido los dieciocho años o te hayas graduado en la escuela superior.

—Sí, señor.

—La escuela a la que asistes es una pérdida de tiempo. El curso más difícil que podríamos elegir no iba a conseguir

desarrollar tu mente. Pero se trata de decidir si permaneces en esta escuela o te mandamos a otro sitio.

Dije:

—¿Y esto no cuesta mucho dinero?

Ignoró mi pregunta.

—No me inclino por los internados porque un muchacho joven debe estar con su familia. Es verdad que una escuela preparatoria muy estricta, como las que hay en el Este, puede prepararte para que ingreses en Stanford o Yale, o en cualquiera de las mejores. Pero allí podrías adquirir unos esquemas falsos: ideas locas acerca del dinero, de la posición social y de quién es el sastre adecuado. Me costó años librarme de las que había adquirido por este camino. Tu madre y yo elegimos a propósito una ciudad pequeña donde transcurriera tu niñez. Por esto seguirás en la Superior de Centerville.

Sentí un gran alivio.

—Sin embargo pretendes ir a la Universidad. ¿Piensas ser un profesional? ¿O aspiras a saltar de un curso a otro, de un modo muy estudiado, para llegar a fabricar velas con bayas de laurel? Hijo mío, tu vida es tuya, para que hagas con ella lo que quieras. Pero si tienes el propósito de ir a una buena Universidad y estudiar alguna cosa relevante, deberemos considerar cuál es el mejor modo de que aproveches los próximos tres años.

—Bueno, caray, Papá, por descontado que quiero ir a una buena...

—Ven a verme cuando hayas pensado en todo esto. Buenas noches.

Lo medité durante una semana. Y, verán ustedes, empecé a darme cuenta de que mi padre tenía razón. Nuestro proyecto de «Viviendo en Familia» era una bobada. ¿Qué podían saber aquellos muchachos sobre cómo dirigir una familia? ¿O la señorita Finchley, que era soltera y no tenía hijos? La clase había decidido por unanimidad que cada hijo debía tener su propia habitación y recibir una asignación

«para que aprendiera a manejar dinero». Algo magnífico... ¿Pero que pasaba con la familia de los Quinian, de nueve hijos en una casa con cinco habitaciones? No seamos estúpidos.

La aritmética comercial no era una tontería, pero era una pérdida de tiempo. Me leí el libro de cabo a rabo durante la primera semana; luego ya me aburrí.

Papá me hizo pasar al Álgebra, Español, Ciencias Generales, Gramática Inglesa y Composición; lo único que no cambió fue la Gimnasia. No me costó demasiado ponerme al corriente; incluso estos cursos habían sido reducidos a una mínima expresión. Sin embargo empecé a aprender porque mi padre me entregó un lote de libros y dijo:

—Clifford, deberías estudiarlos, si es que no estás en una guardería infantil muy desarrollada. Si te empapas con todo lo que explican, serás capaz de superar los exámenes de selectividad. Es posible.

Después de esto me dejó solo; quería decir exactamente esto cuando afirmó que la elección era asunto mío. Casi quedé hundido en un pantano: aquellos libros eran difíciles, no se trataba de los textos predigeridos que me daban en la escuela. Quien crea que es fácil estudiar Latín sin ayuda, debería intentarlo.

Me descorazoné y a punto estuve de abandonar, pero luego me enfadé e insistí en ello.

Al cabo de poco tiempo descubrí que el Latín me facilitaba el estudio del Español, y viceversa. Cuando la señorita Hernández, mi profesora de Español, descubrió que me dedicaba al estudio del Latín, empezó a ocuparse de mí. No sólo me abrí camino por los textos de Virgilio sino que además aprendí a hablar Español como si fuera un Mejicano.

El Álgebra y la Geometría Plana eran todas las matemáticas que nuestra escuela podía ofrecer. Seguí adelante, con mis propios medios, con la Geometría Volumétrica y la Trigonometría. Y podría haberme detenido allí si sólo hubiera considerado lo que se refería al Tribunal de Ingreso,

pero las Matemáticas envician más que el comer pipas. La Geometría Analítica parece que se trata de Griego hasta que te das cuenta de adónde nos lleva, entonces, si ya conoces álgebra, se produce un relámpago y llegas apresuradamente hasta el final del libro. ¡Es formidable!

Tuve que probar el Cálculo, y cuando me interesé por la Electrónica se me hizo indispensable el Análisis Vectorial. Las Ciencias Generales era el único curso de Ciencias que tenía la Escuela. Y además sólo estaba a nivel del suplemento dominical del periódico. Pero cuando lees algo relacionado con la Química y la Física, quieres intentarlo tú mismo. El garaje era mío y disponía de un laboratorio químico, de un cuarto oscuro, y de un banco de ensayos de electrónica, y, por lo menos durante algún tiempo, de una estación de radio aficionado. Mi madre se sintió molesta cuando hice estallar las ventanas y provoqué un pequeño incendio en el garaje (se trataba sólo de un fuego muy pequeño), pero mi padre no se preocupó demasiado. Se limitó a sugerir que no me dedicara a fabricar explosivos en un edificio de madera.

Cuando me presenté a los exámenes de selectividad al terminar mi segundo curso preparatorio, resulté admitido.

Ocurrió a primeros de marzo, durante mi segundo curso, cuando dije a mi padre que estaba dispuesto a ir a la Luna. La idea se me había hecho más obsesiva cuando se publicaron las noticias de los vuelos comerciales, pero había sido «fanático del espacio» desde el día que el Cuerpo Espacial de la Federación había establecido una base lunar. O tal vez incluso antes. Anuncié a mi padre mi decisión porque tenía la impresión de que él debía saber las respuestas. Verán ustedes; mi padre siempre encuentra la manera de hacer todo aquello que ha decidido hacer.

Cuando yo era pequeño vivimos en muchos lugares distintos: Washington, New York, Los Ángeles. No sé exactamente dónde, por lo general en apartamentos de hoteles.

Mi padre volaba siempre a alguna parte y cuando estaba en casa venían los visitantes.

Nunca pude estar mucho tiempo con él. Después nos trasladamos a Centerville y estaba siempre en casa, con la nariz inclinada sobre un libro o trabajando en su despacho. Si alguien quería verle, debía acercarse hasta allí. Recuerdo una de las veces, cuando la cesta del dinero estaba vacía, papá dijo a mamá que estaba «a punto de vencer un royalty». Aquel día estuve muy alerta porque jamás había visto a un rey (tenía entonces ocho años) y cuando se presentó un visitante sentí un desengaño porque no llevaba corona. Al día siguiente ya había dinero en la cesta, por lo que llegué a la conclusión de que se había presentado de incógnito (leía entonces «El principito cojo») y había lanzado hacia mi padre una bolsa de oro. Por lo menos transcurrió un año antes de que descubriese que un royalty se trataba de dinero procedente de una patente o de un libro, o de los valores de bolsa, y entonces la vida perdió para mí parte de su atractivo. Pero aquel visitante, a pesar de que no se trataba de un rey, creyó que podría lograr lo que quería, en vez de lo que quería mi padre:

—Doctor Russell, estoy de acuerdo en que Washington tiene un clima atroz. Pero dispondrá usted de oficinas con aire acondicionado.

—Con relojes, naturalmente. Y secretarias. Y con insonorización.

—Con todo lo que usted desee, Doctor.

—Lo importante es, señor Secretario, que no quiero estas cosas. Esta casa no tiene relojes. Ni calendarios. En otros tiempos yo tenía grandes ingresos y una úlcera también grande. Actualmente tengo unos ingresos limitados pero no tengo úlcera. Me quedaré aquí.

—Pero este trabajo le necesita a usted.

—Esta necesidad no es mutua. Tome un poco más de carne.

Puesto que Papá no quería ir a la Luna, el problema era mío. Saqué a la vista todos los catálogos de Universidades que había reunido y empecé a hacer una lista de las Escuelas de Ingeniería. No tenía la menor idea de cómo iba a pagar la matrícula, ni siquiera cómo podría pagar la comida, pero lo primero que debía conseguir era que me aceptaran en una escuela de las reputadas por su dificultad.

Si no lo lograba, podría alistarme en las Fuerzas Aéreas e intentaría conseguir un destino. Si esto me salía mal, podía alistarme y llegar a convertirme en un especialista en electrónica; la Base Lunar daba ocupación a técnicos de radar y de técnica astral. De un modo u otro, yo iba a llegar hasta allí.

Al día siguiente, mientras desayunábamos, mi padre se escondía detrás del New York Times, mientras mi madre leía el Herald-Tribune. Yo tenía el Centerville Clarion, pero éste sólo sirve para envolver salami. Papá alzó la mirada de su periódico y la fijó en mí:

—Clifford, aquí hay algo que te puede interesar.

—¿Uh?

—No gruñas, ya que éste es uno de los privilegios de las personas mayores. Mira esto.

Y me lo entregó.

Se trataba de un anuncio de jabón.

Y anunciaba el consabido y antiguo truco de un concurso supercolosal con premios.

Este concurso prometía un millar de premios que, excepto para los cien primeros premios, se trataba de un suministro para todo un año del Jabón Camino de las Estrellas.

Luego derramé los cornflakes sobre mi regazo.

El primer premio era:

!!!UN VIAJE A LA LUNA CON TODOS LOS GASTOS PAGADOS!!!

Se podía leer así, tal cual, con un triple signo de exclamación, sólo que para mí eran como una docena con traca